

DISCURSOS PRONUNCIADOS
CON MOTIVO
DEL INGRESO DEL

EXCMO. SEÑOR DON
JOSÉ MANUEL LARA HERNÁNDEZ,
MARQUÉS DEL PEDROSO DE LARA,

COMO ACADÉMICO
HONORÍFICO DE LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS
LETRAS DE BARCELONA

20 de marzo de 1997



Real Academia de Buenas Letras
de Barcelona

INGRESO DEL EXCMO. SEÑOR DON
JOSÉ MANUEL LARA HERNÁNDEZ,
MARQUÉS DEL PEDROSO DE LARA,
EN LA REAL ACADEMIA DE
BUENAS LETRAS DE BARCELONA

Depósito Legal: B-15005/1997

Impreso en Talleres Gráficos Vigor, S.A.

DISCURSOS PRONUNCIADOS
CON MOTIVO
DEL INGRESO DEL

EXCMO. SEÑOR DON
JOSÉ MANUEL LARA HERNÁNDEZ,
MARQUÉS DEL PEDROSO DE LARA,

COMO ACADÉMICO
HONORÍFICO DE LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS
LETRAS DE BARCELONA

20 de marzo de 1997



Real Academia de Buenas Letras
de Barcelona

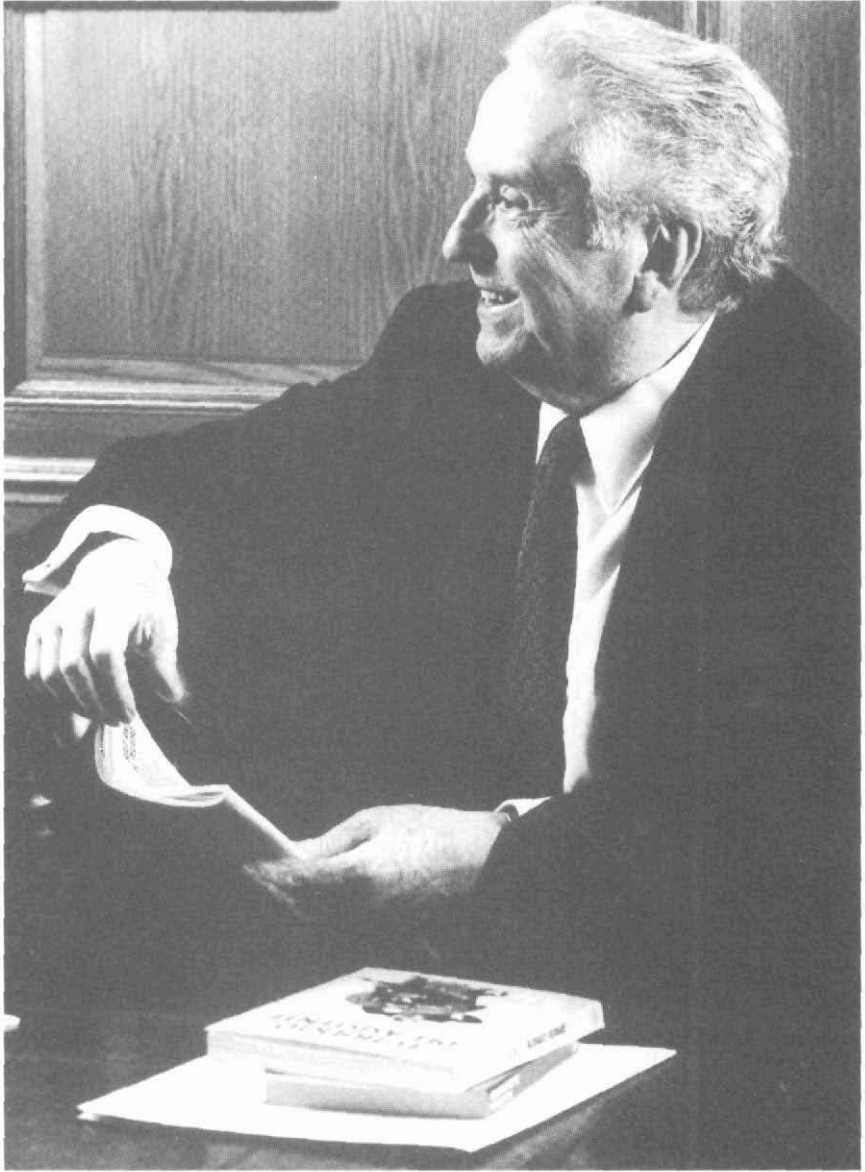
PRESENTACIÓN

El generoso mecenazgo que el Excmo. señor Marqués del Pedroso de Lara ha ejercido desde hace años sobre esta Real Academia de Buenas Letras ha merecido el agradecimiento de los que la componen. Por ello en la sesión plenaria del día 9 de enero de 1997 el señor Marqués del Pedroso de Lara fue elegido por unanimidad Académico Honorífico de nuestra Corporación.

Los Académicos Numerarios don Martín de Riquer Morera, don Luis Monreal Tejada y don Francisco Marsá Gómez hacen en este opúsculo el merecido elogio de nuestro homenajeado como lo habrán hecho en el acto del día 20 de marzo en el que se le entregarán el Diploma y la correspondiente Medalla de reconocimiento, obra del insigne escultor don Josep M.^a Subirachs.

Presentamos al señor Marqués del Pedroso de Lara nuestros parabienes por el nombramiento pero también queremos expresarle la satisfacción con que le acogemos en esta que es ya su casa.

EDUARD RIPOLL PERELLÓ
Presidente



DISCURSO DE DON LUIS MONREAL Y TEJADA

Excelentísimos e Ilustrísimos señores Académicos,
señoras, señores:

Por encargo del señor Presidente de esta Real Academia de Buenas Letras, tengo que hacer oír mi voz en esta solemne sesión en que recibimos como Académico Honorífico a don José Manuel Lara Hernández, Marqués del Pedroso de Lara.

Ninguna misión podía serme tan grata como ésta, pues varios y estrechos son los vínculos que me unen con el ilustre recipiendario.

Los dos llegamos a Barcelona en el mismo tiempo, él desde su Andalucía natal y yo desde mi Aragón, traídos por las circunstancias que se impusieron a nuestras voluntades en la etapa más dramática del siglo xx español.

Sin duda, nos encontramos bien en la ciudad, pues nos quedamos en ella para rehacer nuestras vidas tras la gran tragedia. En el mismo año 1941 nos casamos los dos con nuestras respectivas catalanas y arraigamos aquí dos nuevas familias.

No nos conocíamos entonces, pero pronto hubimos de coincidir por nuestras actividades en relación con el libro, empezando una amistad que ya ha rebasado el medio siglo, sin que jamás haya habido entre nosotros la más pequeña discrepancia.

José Manuel Lara ha relatado muchas veces públicamente las peripecias de sus comienzos barceloneses, incluyendo sabrosas anécdotas, contadas con tanto realismo como gracia bética.

Después nos hemos visto con gran asiduidad, pues he tenido el placer de colaborar con él muy directamente, al trabajar en diversos proyectos editoriales.

En principio los amigos de primera hora, después Barcelona y en seguida toda España, presenciaron con asombro la prodigiosa carrera de un aprendiz de editor que ocasionalmente llegó a esta actividad, y partiendo de cero ha logrado limpiamente ser uno de los magnates de la edición en el mundo entero. Hace pocos días, la estadística publicada en la prensa situaba al grupo Planeta en el octavo lugar entre todos los editores de Europa y América. Pero no es por esa vertiginosa ascensión en los negocios, expresada en cifras, por lo que esta Real Academia lo llama hoy a su seno, sino por lo que esa gigantesca promoción significa en favor de la Cultura española y aun universal, así como en beneficio de los escritores españoles.

Su increíble gesta empresarial ha sido reconocida con distinciones tan relevantes como haber recibido de Su Majestad el Rey el título de Marqués del Pedroso de Lara, asociando su apellido al nombre de su pueblo natal.

En toda esta historia, que un espectador no enterado podría mirar fríamente como un interesante asunto de negocios, lo verdaderamente importante y, si queréis, anómalo es el hombre, ejemplar humano de una especie rarísima, cuyas características voy a intentar desvelar brevemente.

Cualquier sociólogo o economista os lo clasificará rápidamente diciendo que es lo que los anglosajones llaman un *selfmade man*, un hombre que «se ha hecho a sí mismo». Pero el *selfmade man* angloamericano es un ser unilateral, cerrado a todo lo que no sea su propio designio, obsesionado por el *time is money*, duro, inaccesible y bastante antipático.

José Manuel Lara Hernández es un *selfmade man* a la española, o, mejor aún, a la andaluza. Sus cualidades personales son exactamente las contrarias a las que acabo de enumerar.

Con la autoridad que me da el trato continuo y la observación frecuente de los métodos de trabajo de Lara y aun a riesgo de que el protagonista rechace alguna de mis afirmaciones, os confiaré lo que yo he visto.

José Manuel Lara parece no trabajar apenas. Frente a los nerviosos ejecutivos de hoy, que se pasan media vida en los aviones, preparando entrevistas que han de mantener en sus breves escalas, él viaja lo menos posible. Se limita a tener cerca una eficaz secretaria y un teléfono.

Se presenta rutinariamente en la editorial un par de horas por la mañana y otro par de horas por la tarde. Después nada le priva de su partida de ajedrez o de bridge. El resto del tiempo lo dedica a la familia, unida entrañablemente. Bueno... al Real Club Deportivo Español, al que patrocina con pasión y generosidad, sin haber querido ostentar nunca cargos de representación.

Durante las horas que está en su despacho, su puerta puede ser franqueada por cualquier empleado de la casa, pero también por amigos u otros visitantes. Nunca le he visto sentado ante la mesa de despacho que hay allí. Jamás se ve un papel sobre esa misma mesa.

Lara está sentado en uno de los sillones de un tresillo y es donde habla sin prisa de temas muy diversos. Pregunta mucho y recaba información con insaciable curiosidad. Hay que decir que Lara es uno de los hombres mejor informados de España. De vez en cuando entra la secretaria con un papel que Lara firma tras echarle un rapidísimo vistazo. Otras veces la secretaria anuncia una llamada telefónica que Lara siempre atiende, o es él quien solicita que le pongan en comunicación con alguien. Generalmente, sus interlocutores son escritores, hombres de negocios, políticos u otras personas notorias. Muchas veces le he oído conversar con ministros de todas las situacio-

nes que se han sucedido en cuatro o cinco décadas. Pues Lara tiene, como es natural, sus opiniones que no oculta, pero su tolerancia y su cordialidad le permiten mantener un trato excelente con todos.

¿Cuál es el secreto de Lara para haber alcanzado tan clamoroso éxito llevando en apariencia una vida tan apacible? Son varios y todos ellos se deben a su excepcional temperamento.

Hay que destacar en él, sobre todo, la intuición y el ingenio. El ingenio, en los que llamamos «hombres de ingenio», no suele tener consecuencias prácticas; termina en sí mismo, en la satisfacción del ingenioso y el regocijo de sus oyentes. Pero el ingenio de Lara es activo, capaz de ponerse en obra inmediatamente. A este tipo de ingenio que pasa a la acción es al que Cervantes llama «industria».

En cuanto a la intuición, es portentosa y se aplica de modo especial al conocimiento de las personas. A quien Lara le echa el ojo, queda en el acto certeramente definido.

Creo que éste es su gran secreto, pues le permite designar al colaborador mejor para cada puesto. Seguro de su elección, otorga a sus colaboradores una gran confianza con la consiguiente libertad de iniciativa. Pero también exige una gran responsabilidad. Y desde la quietud de aquel despacho sin papeles, está perfectamente enterado de cómo marchan las cosas en todos los rincones de sus complejas empresas.

Con esa misma intuición, sabe qué libro va a tener venta y qué otro puede ser una ruina, siguiendo en ello la opinión de sus asesores o llevándoles abiertamente la contraria y decidiendo. Distingue también el libro que no promete un negocio brillante, pero que es preciso editar por la aportación cultural que trae.

He dicho en párrafos anteriores que si la Academia distingue hoy al Marqués del Pedroso de Lara, lo hace en reconocimiento a la formidable plataforma que ha creado para elevar la Cultura española. Desde el primer día en que creó Editorial Planeta sintió como deber preferente la edición de obras de

autores españoles, en un mercado que por entonces estaba totalmente dominado por el libro extranjero. La segunda fase de su plan ha sido la proyección del libro español fuera de España, en traducciones y en coediciones.

Otros académicos van a hablaros en seguida de esto en el campo literario y en el docente. Yo solamente puedo referirme a la línea seguida en la disciplina de Historia del Arte, señalando sus hitos principales.

Debe de hacer más de veinticinco años que Planeta emprendió la publicación en castellano de dos libros que renovaban el método en la historiografía artística de la época: *El Arte y el Hombre* (tres volúmenes) y *El Arte y el Mundo Moderno* (dos volúmenes), obras ambas dirigidas por el ilustre crítico francés René Huyghe, con la colaboración de eminentes profesores de varios países. Me tocó traducir los cinco tomos y «españolizar» nuestra edición con los capítulos convenientes por autores de aquí.

Vino luego una obra grande muy ilustrada en color, *La pintura en los grandes museos*, cuyos siete primeros tomos redactamos mi hijo Luis y yo, firmándolos como un solo autor con el nombre y apellido que nos identifican a los dos. Del octavo volumen, sobre los museos de la Rusia entonces soviética, se ocuparon directores de los mismos. El libro tuvo una enorme difusión en España e Hispanoamérica y un buen éxito en sus coediciones francesa (Nathan) y holandesa (Uniboek).

En el camino de las producciones propias, susceptibles de lograr alcance internacional, se hizo luego la magnífica *Historia universal del Arte*, en diez muy grandes volúmenes dirigidos por el prestigioso profesor José Milicua, con sus capítulos escritos por especialistas de nuestro país, en su mayoría barceloneses.

Como lo son también los autores de la monumental *Historia del Arte español*, de la que van apareciendo con regularidad sus tomos, muy originales en su ordenación didáctica, con documentación gráfica impresionante por su cantidad y calidad. Y todavía acompañados de un material audiovisual ultramo-

dermo, de ese que revoluciona los medios tradicionales de la Cultura hacia un futuro inimaginable por los de mi generación. Pues hay mucha menos distancia técnica entre un códice medieval y los libros en que hasta ahora hemos estudiado que entre estos últimos y esos discos de insignificante apariencia pero con ilimitadas posibilidades visuales y sonoras.

Comprometidas de este modo en el inquietante futuro están las empresas que preside José Manuel Lara en el campo de la historiografía artística, como en otras ramas del saber.

Si he comenzado evocando paralelismos y puntos de unión entre su vida y la mía desde nuestra juventud, comprenderéis, tras esta abreviada exposición, la satisfacción y el orgullo que siento al encontrarnos una vez más y ahora, precisamente, en esta docta casa que me acogió inmerecidamente hace un cuarto de siglo y que ahora reconoce la ingente labor de José Manuel Lara impulsando el desarrollo cultural desde esta Barcelona en que tanto ha luchado y triunfado, apoyado siempre por su esposa María Teresa Bosch, universitaria, culta y exquisitamente discreta; secundado vigorosamente en el trabajo por sus hijos, con la pena y el estímulo del que se fue cuando ya no era una esperanza sino una espléndida realidad de gran editor. Toda la familia Lara tiene parte en las razones por las que hoy está en este salón.

Señor Marqués del Pedroso de Lara, querido y viejo amigo José Manuel, bien venido seas a esta Real Academia de Buenas Letras.

LUIS MONREAL Y TEJADA

DISCURSO DE DON FRANCISCO MARSÁ

Podría decirse que fue un encuentro *underground*, porque saludé por primera vez a don José Manuel Lara en un mal iluminado sótano, aunque un sótano ennoblecido por la actividad que en él se desarrollaba. Se trataba de una imprenta sita, bajo el nivel de la calzada, en la parte baja de la calle de Calabria. Yo la frecuentaba, en aquel invierno de 1953, porque allí el Consejo Superior de Investigaciones Científicas estaba editando el primer volumen de la *Miscelánea filológica dedicada a Mons. A. Griaer*. Y el señor Lara acudía a aquella imprenta porque, en aquellas fechas, allí se estaba imprimiendo la primera edición de la novela de José María Gironella *Los cipreses creen en Dios*, que fue uno de los primeros grandes éxitos de Editorial Planeta.

No tardó esta empresa en ser una de las más audaces de España. Y una prueba de ello fue su pronta y decisiva irrupción en el campo de las grandes obras de consulta. Entre ellas destaca la *Gran Enciclopedia Larousse*, que había de ser la respuesta española al reto francés del *Grand Larousse Encyclopédique*. Aunque en sus características externas (método y estructura) la versión española sigue el modelo francés, su contenido es notoriamente original. Un amplio equipo de colaboradores españoles e hispanoamericanos, cuidadosamente elegido, emprendió la ingente tarea. Fueron años de intensa actividad. El

primero de los diez volúmenes apareció en 1967 y el último en 1972.

Sorprende ahora la nómina de los colaboradores. No pocos de ellos, entonces jóvenes investigadores universitarios, son en la actualidad maestros en su quehacer profesional. Muchos de los integrantes de aquel equipo editorial sentimos todavía la satisfacción de haber participado en la elaboración de aquella importante obra y algunos, desde entonces, en su constante actualización. Pero nada de todo lo que estoy ponderando habría sido posible sin la intuición y la osada iniciativa del editor José Manuel Lara y la certera dirección de un miembro tan querido de su familia, hoy desaparecido, como María Ángeles Bosch, una de mis mejores alumnas en la Universidad y luego directora de aquel ambicioso proyecto editorial.

Permítaseme, en esta solemne ocasión, referirme a un aspecto meramente anecdótico de mi colaboración en la *Gran Enciclopedia Larousse*. Se me encargó, entre otras, la tarea de indicar la conjugación de todos los verbos regulares e irregulares incluidos en la obra, mediante un número que había de figurar en el encabezamiento de cada verbo y remitir al paradigma correspondiente. Creo que nadie sospechaba que la rica lengua española contaba con más de trece mil verbos, cada uno de los cuales hube de conjugar en la soledad de mi estudio para detectar la posible irregularidad y atribuirle el número correspondiente. Para evitar errores me acostumbré a conjugar los verbos en voz alta. Al cabo de comprobar varios millares de verbos se desencadenó en mí una especie de conjugación compulsiva, que me llevaba a conjugar irrefrenablemente cualquier palabra con aspecto de verbo que apareciera en la conversación. Oía la palabra *ajuar*, que nada tiene de verbo, y en mí se disparaba el acto reflejo: *yo ajúo, tú ajúas, él ajúa...* Algunos viejos amigos me recuerdan de cuando en cuando, con comprensiva ironía, aquella etapa de mi vida, afectada por el síndrome de la conjugación. Pero ahí quedó la clasificación de las irregularidades verbales del español, que

se ha reproducido en otras publicaciones y ha conseguido una aceptación general.

Aportación importantísima de la *Gran Enciclopedia Larousse* fue la remoción del caudal léxico de la lengua española. Bajo la dirección del profesor Martín de Riquer, el equipo lexicográfico incorporó aquellas voces que van apareciendo en la lengua para denominar conceptos nuevos o renovados; esos neologismos que son precisamente objeto preferente en las consultas al diccionario, porque la novedad de su uso implica imprecisión en su significado o duda en la oportunidad de su aplicación. Tras el vaciado sistemático de diccionarios y vocabularios españoles e hispanoamericanos, se procedió al rastreo léxico en la literatura más rica y creativa de los autores contemporáneos. Las nuevas voces así obtenidas se presentan siempre acompañadas del testimonio literario que las acredita. Por todo ello, la publicación de la *Gran Enciclopedia Larousse* significó un notable enriquecimiento del léxico español registrado y propició la aplicación del mismo procedimiento en ediciones sucesivas.

Sin salir del ámbito de mi experiencia personal, acaso quepa señalar otra iniciativa lexicográfica novedosa y exitosa de la editorial fundada por don José Manuel Lara. Se trata del *Diccionario Planeta de la lengua española usual*, cuya dirección me fue encargada. A la exhaustividad de la *Enciclopedia* opone el *Diccionario* la selección del léxico, precisamente el usual en nuestra lengua. Pero la principal novedad de este diccionario radica en su concepción metodológica. Frente a la costumbre de definir teóricamente las posibilidades combinatorias de cada palabra se opta por la detallada ejemplificación de sus posibles usos. Setenta mil ejemplos, elegidos adrede entre la fraseología corriente, aclaran y orientan sobre el régimen preposicional de cada acepción, el matiz significativo según el contexto y su probabilidad de asociación sintagmática. Estas características han convertido esta obra, según demuestra la experiencia de su difusión, en una herramienta muy útil para

la enseñanza del español como lengua extranjera, convirtiéndose en otra valiosa aportación de la editorial a la lexicografía española.

Claro que no sólo la lexicografía se ha desarrollado al amparo del grupo editorial Planeta. Basta hojear su monumental catálogo para comprobarlo. Y no se trata de cantidad, sino de calidad, de novedad, de originalidad en la iniciativa. Yo he querido destacar aquí lo que mejor conozco y puedo juzgar. Y es por lo mismo por lo que querría añadir aún otro hecho, éste más personal de don Juan Manuel Lara, desde hoy Académico Honorífico de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Gracias a su munificencia, esta Corporación ha fundado en su seno el Instituto de Estudios Histórico-Literarios denominado «Marqués del Pedroso de Lara», al que estoy vinculado. Este nuevo vínculo, que me honra, acaso justifique mi participación activa en este solemne acto. Espero que el señor Lara esté de acuerdo conmigo en que, desde nuestro primer encuentro en aquel mal iluminado sótano hasta la brillantez de su recepción como Académico Honorífico, ha mejorado, por lo menos, el escenario de nuestra relación. Gracias por todo.

FRANCISCO MARSÁ

DISCURSO DE DON MARTÍN DE RIQUEL MORERA, CONDE DE CASA DÁVALOS

Esta Real Corporación, al acoger a José Manuel Lara en su seno en la categoría de Académico de Honor, realiza un doble acto de gratitud. Quiere manifestar públicamente su reconocimiento hacia la persona que, desde hace cinco años, la ayuda económicamente de modo regular y generoso. Gracias a ello a la Academia le ha sido posible continuar y acrecentar el número de sus publicaciones. Se iniciaron éstas en el año 1700, cuando aparecieron las *Nenias Reales* dedicadas a la memoria del rey Carlos II, y se afianzaron en 1756, cuando salió el primer tomo de las *Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, serie de aparición no periódica que en la actualidad ha alcanzado los veinticinco volúmenes, complementada, desde 1901, con el *Boletín* de aparición regular y cuyo volumen cuadragésimo quinto está a punto de ver la luz. Libros eruditos y de investigación completan la bibliografía de nuestra Academia.

Esta labor editorial, tan costosa económicamente y tan necesaria para cumplir con nuestro obligado empeño cultural, siempre se había realizado con enormes esfuerzos y sacrificios y con el temor constante de que tuviera que interrumpirse por falta de medios. Ahora, gracias a la generosidad de José

Manuel Lara, la Real Academia puede publicar sus trabajos sin angustias ni zozobras.

Nuestras publicaciones no rinden, y destinadas primordialmente al intercambio con las de otros grandes centros de investigación filológica, nacionales o extranjeros, cuando se agotan, lo que sucede con frecuencia, no han dejado nada en nuestras arcas. Celebremos la paradoja de que un editor que ha vendido y vende a millares libros de los más varios géneros ayude a que se publiquen unos libros que no se venden y que sólo interesan a unos cuantos especialistas.

Decía que es doble la motivación que nos ha inducido a que José Manuel Lara sea Académico de Honor de nuestra Real Corporación. Ésta es una academia de «buenas letras», denominación dieciochesca que de hecho significa literatura de calidad. José Manuel Lara ha conseguido con su esfuerzo y con su digna tozudez dar a la literatura española una amplitud de que carecía antes de que él se pusiese a publicar libros y, con la creación de premios literarios, que novelas que se hubieran apolillado en las mesas de sus autores, se reproduzcan en miles y decenas de miles de ejemplares, que desde luego se venden y se agotan sin cesar. Lara ha contribuido poderosamente a que, entre nosotros, la profesión de escritor halle un acomodo personal y un reconocimiento social que antes apenas existían. Y ha logrado también, gracias a inteligentes y complicados medios de expansión, que haya libros en muchos hogares donde otrora lo único que se hojaba era el listín de teléfonos.

Los premios literarios, por mucho que se discutan y se critiquen, no tan sólo hacen que de cuando en cuando se descubra un buen escritor, sino que un extenso público se encamine a la lectura. En 1952 Lara creó el Premio Planeta, que se ha otorgado regularmente cuarenta y cinco veces y que a menudo ha suscitado polémicas que atestiguan su vitalidad y un gran impacto social. Repasando la lista de los ganadores del Premio Planeta encontramos a Luis Romero, Ramón J. Sender,

José María Gironella, Xavier Benguerel, Jorge Semprún, Juan Marsé, Manuel Vázquez Montalbán, Antonio Vallejo-Nájera, Gonzalo Torrente Ballester, Antonio Gala, Antonio Muñoz Molina, Mario Vargas Llosa y Camilo José Cela. Hay para todos los gustos y de todas las tendencias y un reflejo bastante completo de la novela actual.

Creó Lara también el Premio Ateneo de Sevilla, que se otorgó entre 1969 y 1988, el año pasado restaurado con el nombre de Premio Fernando Lara y que se concede en la capital andaluza. Son creaciones suyas también el Premio de Novela Azorín y el intitulado Espejo de España, sobre temas de historia contemporánea.

Especial interés tiene para nosotros el Premi de Novel·la Catalana Ramon Llull, que Lara creó en 1981. Su primer ganador fue nuestro compañero de Academia Joan Perucho; y entre los que fueron galardonados posteriormente encontramos a Ramon Folch i Camarasa, Pere Gimferrer, Ignasi Riera, Carme Riera, Sebastià Serrano, Terenci Moix, Néstor Luján y Albert Manent. Editorial Planeta, aunque fundamentalmente se dirige al lector español en general e hispanoamericano, nunca ha dejado de publicar libros en catalán.

José Manuel Lara, pues, ha contribuido eficazmente al auge y difusión de las «buenas letras». Su gran empresa, Editorial Planeta y las numerosas editoriales que se han incorporado, son el fruto de un tenaz y sagacísimo instinto y de un entusiasmo sin límites. En su larga labor ha encontrado siempre el total apoyo, el sutil consejo y el acertado asesoramiento de su esposa María Teresa y de sus hijos. A su lado tiene a su primogénito José Manuel, hombre de una capacidad empresarial extraordinaria. Hace año y medio José Manuel Lara y María Teresa fueron víctimas de la mayor desgracia de su vida. Dios se llevó a su hijo Fernando, gran amigo que no puedo recordar sin agudo dolor; y pocos días después moría la hermana de María Teresa, Ángeles Bosch, que había sido una de mis mejores alumnas y era una eficaz directiva literaria de la editorial.

Querido Pepe, en este acto no he podido evitar la mención de dos seres tan queridos, pero no quiero amargarte con su recuerdo. Este acto es de reconocimiento y de gratitud y también de gran alegría por contarte entre nosotros en esta Real Academia por la que has demostrado tanto cariño.

MARTÍN DE RIQUER MORERA
Conde de Casa Dávalos

AGRADECIMIENTO DE DON JOSÉ MANUEL
LARA HERNÁNDEZ, MARQUÉS DEL PEDROSO
DE LARA

Excelentísimo señor Presidente,
Ilustrísimos señores Académicos,
señoras y señores:

Es éste un momento de particular emoción para mí, en el que no puedo tener más que palabras de agradecimiento. Que este andaluz que os habla se vea honrado al ser nombrado Académico Honorífico de esta venerable entidad destinada al cultivo de las buenas letras, de tanta solera catalana, representa mi espaldarazo definitivo en la comunidad donde he llegado a ser lo que soy. Por otra parte, como editor, el verme reconocido por un organismo que tiene como emblema no sólo las Letras, sino las Buenas, significa que el esfuerzo cultural de la empresa a la que he dedicado mis afanes, no ha sido baldío.

Agradezco a los señores Monreal, Marsá y Riquer sus palabras hacia mí y al doctor Ripoll, dignísimo Presidente de la Academia, su iniciativa que ha dado lugar a uno de los momentos más inolvidables de mi ya larga vida. El verme acogido como Académico Honorífico de esta docta casa colma mis mayores aspiraciones.

A todos, repito, muchas gracias.

SUMARIO

Presentación del Presidente de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona	7
Discurso de don Luis Monreal	9
Discurso de don Francisco Marsá	15
Discurso de don Martín de Riquer	19
Agradecimiento de don José Manuel Lara	23

SUMARIO

Presentación del Presidente de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona	7
Discurso de don Luis Monreal	9
Discurso de don Francisco Marsá	15
Discurso de don Martín de Riquer	19
Agradecimiento de don José Manuel Lara	23